

ETERNA

ALIX E. HARROW

Traducido por Cristina Macía

RUNAS

Título original: *The Everlasting*

Primera edición: octubre de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Alix E. Harrow, 2025
© de la traducción: Cristina Macía, 2026
© de ilustraciones de interiores y guardas: Alice Cao
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-327-3
Depósito legal: M-13341-2026
Printed in Spain

Para Nick, de nuevo y siempre

Una y otra vez, pese a conocer el paisaje del amor y el pequeño camposanto con sus nombres desdichados, y el terriblemente silencioso desfiladero donde otros acaban; una y otra vez caminamos los dos juntos bajo los árboles centenarios, yacemos una y otra vez entre las flores, con los ojos en el cielo.

Immer wieder, Rainer Maria Rilke

LA
PRIMERA
MUERTE
DE
UNA
LA ETERNA

UNA Y EL TEJO



Empieza en el mismo lugar donde termina: bajo las ramas del tejo.

El tejo se alza en el bosque como una inmensa reina que se ha hecho vieja, con los miembros retorcidos por los años y la cabeza inclinada bajo el peso de la corona. En la corteza nudosa del tronco hay una cara de mujer; los ojos son cancros llorosos, y en el corazón tiene una espada clavada tan honda que solo queda a la vista la empuñadura. Ya sabéis el nombre de la espada, claro. Todo el mundo lo sabe.

Dicen que el tiempo transcurre de otra manera bajo el tejo. Dicen que ahí, entre las raíces enmarañadas, se pierden muchas cosas: años, corazones, vidas. Pero también dicen que aparecen algunas cosas: destinos y fortunas, principios y finales.

Y, una vez, una niña. También sabéis su nombre, o al menos uno de ellos.

Aún estaba rosada y sin dientes cuando la encontró el leñador, y tuvo miedo. No hubo por qué. La niña creció deprisa y bien, como todos los seres silvestres.

De pequeña era la encarnación de la travesura, con los dedos siempre sucios de jugo de arilos, el fruto del tejo, y el pelo claro y etéreo como un diente de león. Al ir creciendo, se volvió más solemne y estudió los bosques igual que un santo estudia la palabra. Y de los bosques lo aprendió todo.

Aprendió a correr como corre el ciervo y a permanecer inmóvil como inmóvil permanece el azor; a acechar y a nadar, a pelear y a silbar, a desaparecer hasta que ni su padre podía dar con ella y a matar con tal limpieza que no dejaba más rastro que algo de pelaje y el olor metálico de las entrañas.

Era fuerte, y esa fuerza la hacía arrogante. Era una leona joven, la niña rey, señor de la espesura.

Y a la vez no era nadie. No era nada, hija de nada, heredera de nada. Una más en el infinito desdibujado de la plebe del Dominio, un nombre que no se olvidaría porque nadie se iba a molestar en aprenderlo. Moriría pagana, sin bautizar, sin confesión, de modo que ni el propio Dios se acordaría de ella.

Pero entonces llegó su decimosegundo invierno, y también el Príncipe Bandolero.

Ella no estaba presente cuando todo sucedió. Tal vez había ido a robar plumas para las flechas, o estaba despellejando una liebre. Lo importante es que estaba lejos de la cabaña de su padre y no oyó el sonido de los cascos herrados ni los gritos.

Cuando volvió a la cabaña, el fuego se había apagado y su padre estaba muerto.

Se lo habían llevado todo: la cerda, la caja de sal, las hachas que su padre tenía colgadas sobre la chimenea. De modo que fue hasta el tejo.

Cogió con ambas manos la empuñadura de aquella espada que llevaba tanto tiempo esperando allí que la corteza se había enroscado a la hoja.

Ya por aquel entonces había rumores sobre esa espada, pero ella no los había oído. No conocía las historias sobre la antigua hoja que jamás perdía el filo, no se rompía ni se oxidaba, sino que siempre estaba íntegra y brillante. No sabía nada de la profecía que decía que solo la arrancaría el más digno campeón en la hora más oscura del país.

Solo sabía que su padre estaba muerto y que sentía la empuñadura como la mano de un viejo amigo en la suya.

Y así, llena de dolor y rabia fresca, arrancó la espada del tejo.

Aquella misma noche dio alcance al Príncipe Bandolero y a sus hombres, tras seguir su rastro sobre la nieve recién caída. Los encontró sentados, saciados y adormilados en torno a la hoguera, con las barbas relucientes de grasa de cerdo. Les podría haber rebanado el cuello en silencio, pues había aprendido a ser silenciosa como el zorro, pero era arrogante, y estaba rabiosa, así que primero les gritó. Les permitió sacar las espadas de las fundas, descolgar las lanzas de las sillas de montar.

Y solo entonces cayó entre ellos, esa vez como un lobo, un gavián, una guadaña atroz.

Cuando terminó, cuando el silencio volvió al bosque, la nieve ya no era blanca.

Así la vio por primera vez la reina, que por entonces aún no era la reina, sino tan solo una hija del rey, prisionera del Príncipe Bandolero: una niña empapada, roja, en el centro de un círculo empapado, rojo, con las manos dobladas por el peso de una espada que nadie había empuñado en cien años y cien años más.

La reina que aún no era reina se levantó y fue a su encuentro, y la niña tembló porque la mujer era muy hermosa y dulce, y también porque matar a aquellos hombres le había resultado fácil, casi placentero. Notaba su propio cuerpo afilado e indómito, como un cuchillo sin mango.

—¿Quién eres? —preguntó la reina.

Y la niña respondió:

—Nadie.

Y la reina preguntó:

—¿A quién perteneces?

—A nadie —dijo la niña con dolor.

La reina se arrodilló junto a ella. Acarició el pelo de la niña sin prestar atención a las manchas que le dejó en la palma de la mano, y la niña sintió que el terror se diluía bajo su contacto.

Pensó que no le importaría ser cuchillo mientras lo esgrimiera aquella mano.

—Entonces, ¿quieres ser mía? —preguntó la reina que aún no era reina.

—Sí —susurró la niña, y lo dijo desde el fondo de su corazón joven y roto.

De modo que la mujer, quien muy pronto sería reina porque una reina no es otra cosa que una ambición perseguida, cogió la espada que la niña tenía en la mano y le dijo que se arrodillara. Preguntó a la niña si quería jurar por su brazo derecho, el bueno, y por su brazo izquierdo, y por su vida y por su muerte, que no serviría a más amo que la reina, y luego le tocó con la hoja un hombro, después el otro, y al final la coronilla de la cabeza inclinada.

—Lo juro —dijo la niña tres veces.

—Levántate, pues, sir Una —dijo la reina, porque ya entonces vio que sería única, que no habría nadie como ella.

Con los años, Una acumuló más nombres. Se convirtió en la Campeona de la Reina, la Caballera Roja, la Santa Virgen, la Espada Desenvainada del Dominio. Se convirtió en Una la Eterna, heroína y parangón, que surcó los cielos de la historia como un cometa de larga cola brillante.

Se convirtió en leyenda.

La mayoría de las leyendas son mentiras, cuentos bonitos para entretener a los niños en las largas noches de invierno. Pero yo, que he cabalgado a su lado muchas leguas, que he dormido muchas noches a sus pies, yo, que fui su sombra cuando vivió y luego fui su eco, no miento.

No voy a desperdiciar tiempo con todas esas historias que ya se han contado una y otra vez, que se intercambian como monedas en todas las salas y en todas las tabernas. Todo el mundo conoce la historia de Una y los falsos reyes, o la conquista de la corona, o la Primera Cruzada, que trajo la luz del Salvador a todo el Dominio.

Todo el mundo sabe cómo empezó su leyenda, bajo el tejo.

Pero atended, corazones sinceros del Dominio...
Y os contaré cómo termina.

Fragmento de *La muerte de Una la Eterna*,
traducido por Owen Mallory.

Recibido 17/8

Para: Prof. Owen Mallory

EL HALLAZGO DEL SIGLO SI NO FUERA UNA
CHORRADA DE MIERDA Y LO ES.

Prof. Gilda Sawbridge

Enviado 17/8

Para: Prof. Gilda Sawbridge

SEGÚN EL ANÁLISIS AL MENOS ES UNA CHORRADA
DE MIERDA MUY MUY ANTIGUA SEÑORA

Prof. Owen Mallory

Recibido 17/8

Para: Prof. Owen Mallory

NO ME VENGAS CON SEÑORA HIJO DE (TACHADO) HE
PAGADO POR ESA (TACHADO) PALABRA SO FASCISTA
NO LA CENSURES NOS VEMOS MAÑANA EN LA
ESTACIÓN

Prof. Gilda Sawbridge

Recibido 18/8

Para: Prof. Owen Mallory

¿DÓNDE (TACHADO) ESTÁS MALLORY? SI ES POR MI
COMENTARIO SOBRE LOS FASCISTAS ERA BROMA
DIOS PROTEJA A NUESTROS MUCHACHOS DE ROJO Y
TODO ESO

Prof. Gilda Sawbridge

Recibido 20/8

Para: Mallory

VALE PUES SUERTE AHÍ AFUERA CHICO TOMA
NOTAS PARA MÍ NO SÉ DÓNDE TE HAS METIDO NI
POR QUÉ PERO TE CONOZCO VOLVERÁS PORQUE
TIENES SEIS LIBROS QUE DEVOLVER

Gil

1

MUCHOS AÑOS DESPUÉS de la guerra, en la hora a media tarde que por lo general me reservaba para fantasear con pegar fuego a mi manuscrito y fugarme al campo a criar cabras, recibí por correo un libro.

Eso en sí no era digno de mención. La mayoría de los miembros del Departamento de Historia del Cantford College recibían por correo tantos libros que sus despachos se habían convertido en una serie de torres de arquitectura precaria, que se derrumbarían si alguien resoplaba en su presencia.

Pero aquel libro en particular era diferente. Según todos los arqueólogos, historiadores, medievalistas, lingüistas, anticuarios, archivistas e incluso la mayoría de los teóricos de la conspiración con los que había hablado del tema, aquel libro no existía.

Sí, tal vez había abrigado ciertas fantasías de demostrar algún día que todos estaban equivocados. Puede que de cuando en cuando me imaginara a mí mismo abriendo una cripta oculta hacía siglos o bajando a una catacumba, tal vez con una antorcha en la mano, y susurrando sin dirigirme a nadie en particular: «Por Jove, lo he encontrado».

Pero no estaba en una cripta ni en una catacumba.

Estaba sentado ante mi muy vulgar escritorio, en mi muy vulgar despacho, que el departamento me había asignado al fin el trimestre anterior igual que la gente que da de comer a un perro callejero tanto tiempo que al final acaba por ponerle nombre. En el exterior, el cielo era de un muy vulgar azul típico de los últimos días de verano.

Y yo tenía entre las manos el descubrimiento histórico del siglo, tal vez del milenio.

Me entraron ganas de llorar. Me entraron ganas de reír. Sobre todo, me entraron ganas de abrir el libro y pasar las yemas de los dedos por las páginas para comprobar que era real y yo también. Solo me lo impidió ese miedo vestigial pero poderoso a la archivista de la universidad, que tenía en su mesa unas empulgueras para aquellos que se atrevieran a tocar papeles antiguos sin antes lavarse las manos.

En lugar de eso, se me escapó un susurro algo histérico.

—Por Jove, lo he...

—¡Mallory, muchacho!

Voz de dinero, más alta de lo necesario, zancadas como en un desfile. Solo podía tratarse de Jeremy Harrison, el otro profesor en mi especialidad.

Como venía siendo costumbre para mí en situaciones tensas, me invadió el pánico. Envolví a toda prisa el volumen en el papel, intenté abrir el cajón del escritorio que siempre se atascaba cuando había humedad, y siempre la había, y al final me metí el libro por dentro de la camisa y me encorvé para esconder el bulto.

Siento decir que fue por avaricia profesional, pura y simple: solo había una plaza con dotación garantizada en Estudios del Dominio Medieval. Harrison la quería con la pasión infatigable de quien considera que la admiración y la riqueza le corresponden por derecho de nacimiento; yo la quería con la pasión infatigable de quien nunca había experimentado ninguna de las dos cosas y daría un brazo solo por las migas.

El que descubriera aquel libro, el libro cuyos cantos se me estaban clavando en las costillas, conseguiría mucho más que las migas.

—Ah, estás aquí. —Harrison dobló la esquina y se recostó contra el marco de la puerta con su pinta habitual de acabar de salir de un cuadro de la caza del zorro—. ¿Qué tal vas con el libro?

Me lo preguntaba dos o tres veces a la semana porque en el fondo era un malnacido que disfrutaba con el sufrimiento ajeno.

—Bien. De maravilla. —La voz me salió aguda y ronca, con un pito desagradable; traté de que no me molestara. El cirujano de campaña me dijo que había tenido suerte de que me quedara voz. Y pulso—. La verdad es que ya me iba. Si me perdonas...

Me levanté todavía encorvado y caminé en torno al escritorio como un cangrejo con artritis.

—Claro, claro. No se me ocurriría interponerme entre un héroe de guerra y su deber —dijo Harrison con una voz solícita que rezumaba odio.

La Medalla Eterna al Valor era lo único que yo había conseguido y Harrison, no. Me moría por restregárselo por la cara, pero todo era una farsa de mierda, así que no podía.

Conseguí emitir una risa ronca y salí corriendo como el cobarde que siempre había sido, que siempre sería.

Esperé hasta estar en el tren de vuelta a mi apartamento, aún casi doblado por la cintura, como si estuviera secuestrando a un bebé o tuviera problemas intestinales. Solo entonces me saqué el paquete de la camisa.

En el envoltorio no aparecía remitente ni matasellos que delataran el origen. Solo mi nombre, Owen Mallory, y la dirección de la estafeta del campus escrita con una caligrafía anodina. Me tendría que haber preocupado, aunque solo fuera un poco, que todo se tratara de un timo o de una complicada broma ideada por Harrison para humillarme, pero lo único que sentía era un alivio embriagador que iba en aumento, como si toda mi vida hasta aquel momento hubiera sido una especie de agitación gris y vergonzante, un chapoteo torpe que iba a quedar redimido por lo que estaba a punto de pasar.

Quité el papel.

El libro estaba encuadernado en madera de un rojo intenso, cortada de manera que los anillos del árbol se extendían como ondas hacia afuera. Las tapas se unían al lomo con unas ingeniosas bisagras de bronce, que el paso del tiempo había teñido de un tono cerúleo, y la portada llevaba grabado a fuego un símbolo circular

oscurecido con hollín o raíz de rubia. Lo recorrí con la yema de un dedo tembloroso.

Un crío desnutrido de siete u ocho años iba en el asiento de al lado. Me miró de esa manera directa y desvergonzada con que los niños miran a los enfermos. Tenía unas pestañas extravagantes que le daban un aire nostálgico, adormilado, como si acabara de despertarse en mitad de un sueño.

Casi sin querer, abrí el libro y señalé la portadilla.

—¿Sabes lo que dice aquí?

El chico se sobresaltó al oír mi voz. Luego me miró con desconfianza, como si yo estuviera loco o, peor todavía, como si pretendiera enseñarle algo.

—No, señor.

—No te preocupes, casi nadie lo sabe.

La lenguamadre medieval tenía un parecido frustrante con nuestro idioma por lo tenue, pero a mí siempre me había resultado fácil, como un dialecto de la infancia que no se me hubiera olvidado del todo. Cerré el libro y señalé la cubierta.

—¿Y esto, qué te parece? Este símbolo.

Se inclinó obediente para estudiarlo. Tenía el pelo de un desafortunado tono rojizo, galio, y tan fino que le hacía un remolino infantil en la nuca.

—Un lagarto —dijo al final—. O un dragón, o algo así, que se muerde la cola.

El resto del viaje se lo pasó sugiriendo posibles mejoras para el diseño (sangre, dientes, dientes con mucha sangre, etcétera) con gesticulación entusiasta. Tenía las muñecas salpicadas de cicatrices rosas, de soldar o de brasas. Las fábricas de munición funcionaban veinticuatro horas al día y no había suficientes adultos para trabajar en ellas.

Sonó la campana del tren. El chico señaló el libro con gesto amable.

—¿Cómo se titula?

Titubeé al borde de lo que me haría pasar de ser «nadie» a «alguien». Me pareció un instante memorable, casi trascendental, como

si hubieras velado por mí, me hubieses vigilado y guiado, me hubieras salvado tres veces solo para que llegase a este momento con tu nombre en la punta de la lengua.

El chico estaba esperando, me apuntaba con sus largas pestañas de soñador. ¿Habría otra guerra cuando tuviera edad para alistarse? ¿Sería tu historia, recién publicada, tal vez con encuadernación de cuero y mi nombre en pequeño en la portadilla, lo que lo mandaría al frente? Se me hizo un nudo doloroso en el pecho. Decidí que era de orgullo.

Me incliné hacia él y le dije al niño las cinco palabras que no sabía leer, que yo sí sabía, como si las hubiera escrito yo mismo:

—*La muerte de Una la Eterna.*

Antes de bajarme del tren, rebusqué en la cartera, saqué una moneda y se la tiré. La atrapó con la manita llena de cicatrices.

2

NACÍ POCO MENOS de diez siglos después de tu muerte; la primera vez que me salvaste la vida tenía nueve años.

Fue entre guerras, cuando mi padre y yo vivíamos en una reducida casa adosada de muros grises, en el reducido pueblo gris de Reinaforesta, en la zona del país que una vez fue un bosque verde infinito pero de la que ahora solo quedan colinas peladas y minas a cielo abierto.

Aquella mañana me desperté y escuché, como hacía todas las mañanas, para oír el motor quedo de los ronquidos de mi padre. La casa estaba en silencio, así que me até las botas y salí por la puerta.

La taberna no quedaba lejos, pero todo estaba oscuro y hacía frío, y el frío y la oscuridad no me gustaban. Tampoco me gustaban las puertas cerradas, los perros grandes, el sonido de la artillería o ver sangre. Era consciente de que eran temores de niña, humillantes, y de que los otros chicos se reían de mí, pero daba igual, se iban a reír de todas formas... En parte era por mi apariencia —el pelo y los ojos casi negros, y la piel con unos tonos demasiado fronterizos, de un dorado ambarino incluso en invierno—, en parte por todo el resto de mí.

Era de hombros escurridos, con gafas gruesas y una voz bonita para cantar. Tenía buena caligrafía y carnet de la biblioteca para sacar libros, y las mejores notas de la clase. Los tobillos siempre me asomaban por debajo de los pantalones y lloraba por cualquier cosa, a veces sin ningún motivo. Era un manojo de nervios andante, una invitación constante a que los demás chicos, los chicos atrevidos,

vociferantes, con mejillas sonrosadas y pantalones de su talla, me dieran golpes con los hombros al pasar.

Pero a aquellas horas de la mañana los chicos aún estaban durmiendo. Igual que todo el mundo, menos la tabernera, que por motivos inexplicables nos tenía cariño a mi padre y a mí. Cuando llamé a la puerta estaba limpiando las mesas. Llevaba a su hija pequeña sujeta contra la cadera.

—Junto al fuego —me dijo, y asentí.

Mi padre se había derrumbado ante la chimenea como un montón de ropa recién lavada que se hubiera caído del tendedero. Tardé unos minutos en conseguir que recuperara la conciencia y otros tantos en ponerlo de pie. Mientras íbamos entre las sillas, murmuró cosas, cosas amables, como «este es mi muchacho» y «gracias» y «lo siento, lo siento». Sabía que mi padre se comportaba a veces de manera vergonzante. Sabía que bebía demasiado y hablaba más de la cuenta y se negaba a cantar el himno en las fiestas nacionales, pero nunca era cruel, así que a mí el resto no me importaba.

La tabernera puso una cesta sobre el mostrador cuando pasé junto a ella. Siempre me estaba dando cosas, empanadas que habían sobrado, un jersey usado. Yo sabía que aquello también era vergonzante, pero sus empanadas eran muy buenas y mi padre siempre acababa de perder el trabajo o estaba a punto, así que eso tampoco me importaba.

Cogí la cesta. Mi padre dio un traspié.

La hija de la tabernera lo miró con sus enormes ojos azules y sus perfectos rizos dorados, como si fuera un anuncio del jabón Own del Dominio, todo lo contrario que yo.

—Puto cobarde —dijo en una aterradora imitación infantil de niño que repite lo que ha oído, aunque no lo entienda.

No era la primera vez que lo oía, junto con las expresiones «chaquetero», «traidor» y a veces «desertor», y eso que Reinaforesta estaba lejísimos del desierto.

Pero, aquella mañana, noté que mi padre se encogía al oír la palabra, y supe por primera vez que era cierto. Que mi padre era

algo aún más vergonzante que un borracho o un radical, algo tan espantoso que su hedor lo seguía adonde fuera y se incrustaba en todo lo que amaba, yo incluido; lo vi en la compasión silenciosa reflejada en el rostro de la tabernera, en su manera de regañar a la niña.

Así que dejé a mi padre en la taberna, todavía borracho y todavía diciendo cosas amables, y salí corriendo.

Apenas empezaba a haber luz y las calles embarradas se habían congelado durante la noche para adquirir configuraciones extrañas que me intentaban atrapar los tobillos y retorcérmelos. Tropecé y choqué con una mujer que llevaba una chaqueta buena de lana. No se enfadó, sino que me ayudó a recoger del suelo el contenido de la cesta de la tabernera mientras yo buscaba mis gafas a tientas. La mujer olía a verano, dulce y florido.

—Pobrecillo —dijo, y me entregó la cesta. Le di las gracias, rojo de vergüenza.

Huir era más un estado espiritual que una velocidad concreta, así que dejé de correr y caminé. Caminé hasta que los hombros encorvados de las casas dejaron paso a los rediles de ovejas y a las colinas escarchadas, hasta que la calle se transformó en un sendero angosto y luego en nada.

Caminé hasta llegar al bosquecillo.

El bosquecillo no le gustaba a nadie. Más tarde me enteraría de que era lo que quedaba del soto de la Reina, el gran manto verde que en el pasado llegó hasta el mar. Pero la mayoría de los árboles se habían convertido en barcos hacía un siglo, la última vez que entramos en guerra contra los fronterizos, y ya solo quedaban unos cuantos acres fantasmales.

A mí me parecía grande. Bajo los árboles no corría la menor brisa, y las ramas parecían atrapar todos los sonidos comunes de Reinaforesta: las locomotoras de carbón y los carros, los corderos y los colegiales y el viento cruel y húmedo que soplaba todo el invierno. Los atrapaba y los rechazaba, de manera que entrar en el bosque era como deslizarse bajo la superficie de un lago.

De cuando en cuando, alguien decía que ya iba siendo hora de despejar las tierras, y los jóvenes tenían que ir con sierras y hachas. Pero solo cortaban los arbolillos jóvenes de la periferia; en cuanto empezaban a adentrarse, los hombres se quejaban de que el filo de las herramientas se embotaba y los mangos de fresno duro se volvían porosos con la podredumbre. Regresaban a casa derrotados, y no se volvía a hablar de los bosques en un par de años.

Por suerte para mí. Fuese adonde fuese, me perseguía una sensación pegajosa de estorbar, de estar donde nadie me quería, fuera de mi lugar... Pero, allí, no. Allí no era el hijo de mi padre ni un forastero. Allí era yo.

Nunca vi a nadie en los bosques, solo a una niña poco mayor que yo, una chiquilla orgullosa y salvaje a la que conocí un día que me había caído y me había hecho sangre en las dos rodillas. Era superior a mí en todos los aspectos importantes: trepaba mejor, corría más, escupía más lejos, lanzaba piedras más grandes, era más hábil peleando con palos. Pero a mí no me importaba. A ella le gustaba ganar y a mí me gustaba verla y luego me gustaba tumbarme a su lado entre las florecillas blancas que cubrían durante el verano el suelo del bosquecillo.

El invierno pasado ya no la había visto. Pregunté por ella en todas partes, pero nadie sabía dónde se había metido, ni habían oído hablar de una niña llamada ■■■; al final, con una tristeza nueva y adulta, llegué a la conclusión de que me la había imaginado.

Aquella mañana fui hacia el centro mismo del bosque. Allí era donde ella solía esperarme, bajo un viejo tejo tan grande y deforme que ya ni parecía un árbol, sino un órgano secreto excretado por la tierra. Nos encantaba buscar dibujos en las arrugas del tronco: un dragón, una corona, el rostro atormentado de una mujer. En primavera, la savia le brotaba de los ojos como lágrimas.

Bajo las ramas del tejo el silencio era aún más denso que de costumbre. Había tal calma que pensé que igual no tenía que escapar. Tal vez podría meterme entre las raíces, acunado entre las hojas secas y los gusanos, y desaparecer.

Tardarían mucho en buscarme. Mi padre lo intentaría, pero no llegaría a adentrarse tanto en el bosquecillo porque era un puto cobarde, y en pocos meses las florecillas blancas me cubrirían por completo, y el nombre de Owen Mallory se borraría del mundo como si no hubiera existido.

A mí me parecía algo grandioso y trágico, así que me acomodé entre las raíces y esperé a desaparecer.

Me di cuenta de que eso abría mucho el apetito. El sol ya estaba alto en el cielo cuando decidí que igual podía comerme lo que había puesto la tabernera en la cesta, una especie de última comida, así que la abrí.

Y entonces vi el libro por primera vez.

No era «el» libro, claro, sino «un» libro: páginas finas, ya frágiles; cubierta forrada con una tela apolillada; ilustraciones tan mal impresas que los colores no encajaban con los dibujos y cada figura parecía perseguida por su propio fantasma alegre. La tabernera nunca me había puesto un libro en la cesta hasta entonces.

El título estaba escrito con una fuente de muchas florituras que aspiraba a parecer medieval: «La leyenda de Una la Eterna». Y luego, en serifa más pequeña: «¡La tragedia clásica contada a los niños!». Y en letra más pequeña todavía: «Incluye la lista completa de títulos en la serie “Pequeños soldados” de Patrimonio Nacional».

Me senté bajo el tejo y leí tu historia por primera vez.

Tuvieron que pasar bastantes años para que me diera cuenta de que era una adaptación muy mediocre. El autor había salpicado el texto de «vos» y «a fe mía» con total desprecio hacia la sintaxis, y el ilustrador tenía una fascinación enfermiza con las decapitaciones. Todo el revoltijo de cabos sueltos del Ciclo de la Eterna, resultado de siglos de variantes e iteraciones, se eliminaba para dar prioridad a una historia con moral tan sutil y matizada como una nana.

Pero la historia en sí conseguía brillar como la luz del sol por encima de la prosa: una niña sin nombre que se convertía en caballera; una caballera que iba a la guerra y se convertía en campeona; una campeona que mataba al último dragón, encontraba el grial

perdido y se convertía en leyenda. Era una historia de caballería y valor, con el bien y el mal perfectamente definidos, y el primero siempre derrotaba al segundo.

Y, al pasar la última página, allí estabas: sir Una la Eterna.

Te habían dibujado con la armadura completa menos el yelmo, los guanteletes en torno a la empuñadura, como si siguieras velando incluso muerta. Tenías un pelo asombroso, de un amarillo fluorescente que se derramaba como mantequilla derretida por el borde de las andas, y tu rostro era del blanco puro del papel de debajo. Estabas rodeada de flores: rosas diminutas, incoloras, creo que eran. El artista no destacaba por su talento para la botánica.

Pensé que eras lo más triste y lo más bello que había visto en mi vida, como un ángel muerto. Me pasé mucho rato mirando la línea brillante de la espada a lo largo de tu esternón, la forma solemne de tu boca.

Te miré tanto tiempo y con tanta atención que sentí que dentro de mí se movía algo, cambiaba de manera irrevocable. Fue como morir o nacer, o como recibir un golpe muy fuerte en la cabeza. Fue como enamorarme (esto también lo comprendí mucho más adelante).

Cuanto más te miraba, más avergonzado me sentía.

Sir Una la Eterna nunca había huido de nada. No habías desaparecido del mundo. Habías grabado tu nombre a fuego en él, habías dejado una marca tan honda en la piedra de la historia que habían pasado mil años y aún se leía. Moriste, sí, pero solo porque encontraste algo por lo que valía la pena morir. Naciste pobre, pero nadie te dijo nunca «pobrecilla».

Si ponía el libro de lado se leían las palabras inscritas en la hoja de la espada: «*Exa Dominus*».

«Por el Dominio».

Quizá si mi padre hubiera leído tu historia de niño no se habría convertido en un traidor, en un chaquetero. Tal vez habría servido en el ejército con honor y habría vuelto a casa con una pensión, en lugar de con una cadera destrozada y un hijo sin madre.